



ITINERARIO ESPIRITUAL: MI EXPERIENCIA EN EL SERVICIO ECLESIAL

Silvia Susana Becerra Melo*

Introducción

Soy Susana Becerra Melo, Hija de Anita y Enrique, soy la número 10 entre 13 hermanos. Soy una mujer de fe, la experiencia de Dios en los pobres y en las mujeres han marcado mi vida. Siento que tengo dos grandes fortalezas en mi vida: Mi vocación al servicio y en la construcción del Reinado de Dios y mi forma de ver la vida, siempre en esperanza, buscando salidas.

De la mano de mi padre, recibí la herencia de la fe católica, aunque su experiencia religiosa correspondía a la cristiandad, él me enseñó con su propia vida, el amor a Dios, el valor de la familia, de los amigos y del servicio a la comunidad. En sus gestos cargados de compasión y solidaridad aprendí a amar a los que sufren, y también a los libros, la música clásica, la zarzuela, la ópera y el ballet clásico.

De la mano de mi madre, recibí de su espíritu de lucha y de su sabiduría la fuerza para enfrentar cualquier dificultad, su vida no fue fácil, nunca se victimizó, no habló mal de nadie, insistía en el valor de la justicia y en la capacidad de buscar salidas alternativas a cualquier dificultad, siempre me insistió en el respeto por los más pequeños, por los humildes. En casa, con frecuencia había un invitado a la mesa o el llamado de mi madre para visitar al vecino enfermo. Para ella, amar a Dios era amar al hermano y especialmente al que más sufre. A su lado tuve las primeras lecciones feministas, me decía que nadie está por encima de nadie y que tanto varones como mujeres tenemos la misma dignidad. Cuando me veía calificando exámenes o trabajos de los estudiantes me decía: "Hijita sea justa y trate de no rajarse a nadie, usted no sabe en qué circunstancias estaba el estudiante".

* Magistra en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia, 2011). Magistra en planeación socioeconómica por la Universidad Santo Tomás (Bogotá, Colombia 1997). Durante 28 años fue profesora asistente del Centro de formación Teológica de la Facultad de Teología. Miembro del Grupo de investigación Teología y Mundo Contemporáneo. Actualmente goza de la jubilación y sigue sirviendo a la pastoral urbana en Bogotá. E-mail: sisubeme@gmail.com



Crecí en un país marcado por la violencia y el conflicto armado, en mi juventud me vinculé a grupos juveniles promovidos por los padres jesuitas de la casa de la juventud y también a organizaciones sociales que trabajaban en la defensa de los derechos humanos y el acompañamiento a las comunidades campesinas, indígenas y negras desplazadas.

A nivel académico mi vocación de servicio me llevó a estudiar Teología en la Universidad Javeriana, donde tuve la oportunidad de tener grandes maestros y formarme en la teología de la liberación. Recuerdo que con el acompañamiento de algunos maestros comenzamos a acompañar a comunidades que iban a ser desalojadas de sus casas por habitar terrenos “ilegales”, en las montañas de la ciudad. En esta época la educación en la universidad, el contacto con la pobreza y el sufrimiento de las familias campesinas que habitaban estos predios y los cursos en el CINEP sobre análisis de realidad y la formación de conciencia crítica, me plantearon el desafío de desarrollar una teología que partiera de la vida misma, y especialmente de los clamores de las comunidades más pobres, afectadas por la violencia y el desplazamiento interno.

En este contexto se desarrolló mi vida familiar, pastoral, profesional, académica y de servicio a la Iglesia, por lo anterior quiero desarrollar algunos puntos que me ayuden a aterrizar esta experiencia vivida a lo largo de casi 36 años de trabajo en la iglesia.

Reconocer el camino y saberlo nombrar

Considero fundamental reconocer a las personas, las experiencias y los momentos importantes que han marcado mi servicio en la iglesia, desarrollo los que más me han marcado:

a) Los grupos juveniles: Llegar a participar en ellos fue una de las mejores experiencias porque me formaron en dos experiencias que han sido claves en mi vida: la espiritualidad y el servicio a los más pobres, con el acompañamiento del P. Alejandro Londoño, S.J. y la hermana Derly Herrera, recibí una formación humana, espiritual y social que fortaleció varias áreas y dimensiones de mi vida, por ejemplo, la fe, la espiritualidad y el compromiso social. El interactuar con jóvenes de mi edad, me ayudó a tener amigos, y a descubrir y desarrollar talentos, que no sabía que los tenía. Gracias a estas experiencias, mi fe, mi carácter y mis estudios se fortalecieron. Aprendí a resolver dificultades, a sentir y pensar con los que más sufren, a vivir con sencillez. Con frecuencia nos reuníamos para visitar las familias en los barrios humildes de la ciudad, o para hacer oración, estudio del evangelio o análisis de la realidad. Con el P. Alejandro Londoño, nos formamos en la metodología del Ver, Juzgar y Actuar, inspirados en el evangelio, buscábamos responder con acciones comprometidas y transformadoras a los diversos problemas que identificábamos con las comunidades.

b) Estudios teológicos: Estudié en los años 80 en la Universidad Javeriana, mis maestros me formaron en la teología de la liberación y me ayudaron a comprender que amar a Dios y al



hermano era la misma cosa. En la facultad tuve la oportunidad de acompañar desde la experiencia de fe a las comunidades urbanas en sus procesos de recuperación de tierras y de construcción de sus viviendas, un proceso difícil, que en muchos momentos nos puso en riesgo hasta de perder la vida, pero la fuerza de la comunidad y de la fe, nos mantuvo fuertes.

c) Ingreso al noviciado: A los 20 años, ingresé a la comunidad de las hermanas del Santo Ángel, quienes desarrollaban un trabajo comprometido con las Comunidades de base de Colombia. Con las hermanas estuve 7 años, su testimonio de sencillez, de compromiso por los más pobres y su fe, me marcaron hondamente. Con el tiempo me di cuenta de que mi naturaleza libre e independiente se sentía enjaulada y no era feliz. Abandoné la vida religiosa, pero no mi compromiso por los más pobres, ni el seguimiento a Jesús.

d) Universidad Javeriana: En 1993, ingresé a trabajar en la universidad Javeriana como agente de pastoral y profesora. Allí estuve a lo largo de 28 años. La universidad me brindó la oportunidad de desarrollar todos los ámbitos de mi vida, amé mi trabajo, las personas y los proyectos sociales que junto con otros profesores y profesoras y el apoyo de estudiantes, pudimos desarrollar; realmente fueron años maravillosos de muchos aprendizajes.

e) JAVEPAZ: Recuerdo de manera especial una experiencia universitaria que para mí fue impactante. Transcurría el año de 1994, luego de una de tantas masacres en Colombia, que dejó varios muertos y desaparecidos. Algunos profesores, estudiantes y jesuitas, nos reunimos para reflexionar sobre la guerra que vivía el país y fruto de varios encuentros, se creó la Red Javeriana por la paz y los Derechos Humanos (Javepaz), un grupo en el cual se implementaron acciones en rechazo a la violencia que vivía el país y también se fomentó la investigación para forjar una cultura de paz en Colombia.

Proyectos sociales y de vida

a) Proyecto Vidas Móviles: Fue un programa interdisciplinario que se creó en el 2006 para acompañar a personas en condición de desplazamiento, para desarrollar esta misión se creó un equipo interdisciplinario con quienes asumimos la responsabilidad de acompañar personas y familias en condición de desplazamiento en las fronteras de la ciudad de Bogotá. El trabajo lo realizamos en la localidad de Ciudad Bolívar, ubicada a las afueras de la capital, también conocida como “Ciudad hoguera de ilusiones”¹, por ser una zona donde se convive con el cielo y el infierno.

¹ Alape (1995) Es el título de este autor: Ciudad Bolívar, hoguera de ilusiones, en el cual recoge historias sobre la cotidianidad de la localidad. Al respecto, el autor afirma: “Bogotá tendrá que ser redescubierta en las huellas de la gente que fue capaz de hacer de su periferia, como en el caso de Ciudad Bolívar, una ciudad posible para vivir, al sembrar en los cerros no solo casas sino también cerca de un millón de vidas.” ALAPE, Arturo. **Ciudad Bolívar: La hoguera de las ilusiones.** Bogotá: Planeta, 1995. p. 22.

Así como hay espacios para la solidaridad, abundan las estructuras que explotan, someten, fragmentan e instrumentalizan a los más vulnerables.

En términos generales el desplazamiento significa un costo social y cultural muy fuerte para las personas que llegan a la ciudad de manera abrupta, porque al obligarlos a emprender rumbos distintos de manera individual y fragmentada, también se rompen relaciones y se destruyen sistemas de producción agrícola, y de producción social y cultural. Los desplazados solos o en familia ingresan silenciosamente a nuestras ciudades, pasan así de zonas rurales a hacinamientos urbanos. Donde sus proyectos de vida se difuminan en medio de la pauperización, la inseguridad y las condiciones deshumanizantes que les ofrece el barrio a donde llegan. En este contexto me acerqué al tema de la violación y abuso sexual de las mujeres en medio del conflicto armado, ellas era el botín de guerra, no importaba la edad, ni la condición, para todos los grupos armados: ejército, guerrilla y paramilitares, todas las mujeres eran violables. Conocí muchas historias que como mujer, como creyente y teóloga me interpelaron en lo más profundo de mi ser. Recuerdo la pregunta que me hizo una mujer en un taller: “Profesora, fui violada múltiples veces por hombres armados, tuve un hijo fruto de una de esas violaciones, será que Dios me va a condenar porque nunca he podido querer a ese muchacho, cada vez que veo su rostro, lo único que veo es a los múltiples hombres que me violaron”. Las mujeres eran explotadas, violadas, usadas, maltratadas y se preguntaban si Dios las podía perdonar, mientras los varones se sentían machos y también creyentes, que cumplían con su deber. Aquí comencé a entender el misterio de Dios que se manifiesta en el sufrimiento.

b) Proyecto Akasa: El proyecto fue financiado por la Iglesia Sueca y apoyado por la facultad de teología y el Hospital Universitario San Ignacio de la Universidad Javeriana. Tuvo como objetivo: Indagar, a partir de la metodología IAP, cómo viven la espiritualidad en su cuerpo y sexualidad, los pacientes con VIH del HUSI, para ofrecer unos lineamientos teológicos que permitan plantear pautas para el acompañamiento pastoral de las iglesias.

A lo largo de cuatro años cerca de 22 personas trabajamos en el equipo interdisciplinar Akasa, y gracias a la metodología IAP (Investigación –acción-participativa) tuvimos la oportunidad de contar con los pacientes de VIH como sujetos y actores de la investigación. Fue un proyecto que amé mucho, porque me abrió los ojos a nuevas realidades, la primera trabajar de manera cercana, rigurosa y solidaria con la Iglesia Sueca, la segunda investigar en Teología con la metodología IAP, y la tercera, quitarme las escamas de los ojos para ver e interactuar sin miedo con personas que viven con VIH, y con ellos forjar espacios de escucha y solidaridad. Fruto de este proyecto fue la formación de un equipo interdisciplinario, gracias al cual se lograron productos académicos:

- i. Publicación de capítulo – resumen de la investigación: “La espiritualidad en la corporeidad y sexualidad de un grupo de pacientes de la Unidad de Infectología del Hospital Universitario San Ignacio”. Capítulo publicado en: Rincón Andrade, Mauricio y Musskopf, André. Teología

- y sexualidad, salud reproductiva y derechos: experiencias desde la investigación acción participativa.
- ii. Cartilla, Centro de escucha; Caja de herramientas desde la experiencia del Hospital Universitario, San Ignacio. Elaborado con el apoyo de la Iglesia Sueca y el Hospital Universitario San Ignacio, Bogotá, 2018.
 - iii. Artículo en revista indexada: Becerra Melo, Silvia Susana. (2018). La espiritualidad en pacientes que viven con VIH. *Revista Cuestiones Teológicas*, 45 (103), 149-175. Artículo recibido el 30 agosto de 2017 y aprobado para su publicación el 13 abril de 2018.

La experiencia de Dios

Acercarme a Dios a partir del sufrimiento humano, me llevó a indagar sobre su Presencia en los que sufren. En mis estudios y prácticas pastorales, la pregunta por el sufrimiento humano siempre me inquietó, porque de fondo estaba luchando contra la imagen de un Dios que yo rechazaba profundamente y era el de un Dios hombre, viejo y todo poderoso, que todo lo podía; ante esto la pregunta que siempre aparecía: “si Dios todo lo puede ¿por qué permite el sufrimiento humano?”. Una pregunta difícil de responder, que implica una nueva manera de entender a Dios y la condición humana.

Debo reconocer que fueron las mujeres desplazadas mis principales maestras en esta búsqueda; sus historias me llevaron a entender que su sufrimiento se podía equiparar con lo que Simone Weill llama la aflicción y que entiende “[...] como una forma grave y prolongada de sufrimiento [...] es un desarraigo de la vida, más o menos atenuado [...] ataca directa o indirectamente, todos los aspectos sociales, psicológicos, religiosos y físicos de la persona [...]”² En este sentido, acompañar a las víctimas del desplazamiento forzado en la reconstrucción de sus proyectos vitales me ayudó a comprender la realidad traumática que enfrentan a causa del desarraigo, la exclusión y la pobreza y que pone a prueba su estabilidad emocional y la solidez del núcleo comunitario y familiar.

La pregunta ¿Quién es Dios y dónde está, cuando pasa lo que pasa? Me puso de frente a una realidad compleja, por un lado la herencia cultural que recibí de un Dios patriarcal y todo poderoso, de una moral sexual predicada en detrimento de la mujer, la provocadora y responsable de la caída de Adán, lo anterior nunca me dejó tranquila y lograba ponerme a dudar de muchas de las afirmaciones teológicas que a veces repetía ingenuamente; pero también reconozco que durante mis estudios me formé en los postulados de la teología de la liberación, sin embargo en mi cotidianidad y ante problemas concretos, especialmente los que tenían que ver con las mujeres,

² WEILL, 1951 *apud* RANKKA, Kristine M. **La Mujer y el Valor del Sufrimiento**. Bilbao: Desclee de Brouwer, 2003. p. 56-60.



esta teología me resultó pequeña, porque por más liberadora que fuera, sentía que allí no estábamos representadas ni pensadas las mujeres. Comprendí, como ya lo dijo alguna teóloga, que la teología en occidente había sido escrita por mano blanca y mano de varón. Esta reflexión, me puso a dudar y sentí la urgente necesidad de encontrar maneras nuevas de entender y seguir a Dios.

Por lo anterior, tuve la apremiante necesidad de estudiar y trabajar en una teología feminista, donde las mujeres fueran las protagonistas y con ellas reflexionar sobre el lugar de Dios, sin olvidar que estas mujeres han vivido y viven en contextos de exclusión, sometimiento y violencia de género. Para mí es claro que Dios no quiere víctimas, todos somos hijos e hijas de Dios con la misma dignidad. Dios está no solo en los varones y las mujeres que sufren, también está en toda la creación que como dice San Pablo sufre dolores de parto.

¿Cuándo y por qué me volví feminista?

A manera de testimonio quiero contarles por qué me volví feminista, y cómo fue mi conversión³. Aquí tuvieron que ver las mujeres campesinas, afros e indígenas, que encontré en mi trabajo de acompañamiento a poblaciones víctimas de desplazamiento forzado en Bogotá. Las mujeres fueron mis maestras. En las visitas a las comunidades, con frecuencia escuchaba las historias que me narraban, especialmente aquellas que tenían que ver con la guerra y con la violencia sexual del que habían sido víctimas en medio del conflicto armado, cuando las escuchaba, dentro de mí había un gran rechazo por la catequesis y religiosidad en la que hemos sido formadas, no podía entender cómo algunas de ellas, que se confesaban católicas, en vez de rechazar situaciones de tanta violencia, se sentían culpables, y me repetía que era la voluntad de Dios, y de eso me sentí culpable, comprendí que ellas solo repetían lo que habían aprendido de sus padres o de sus maestras en la escuela, o de sus párrocos en las prédicas y decidí que yo no iba a ser una más que alimentara este tipo de discurso y comencé a trabajar en una espiritualidad que me acompañara en esta tarea.

³ El teólogo canadiense Lonergan, afirma que la conversión religiosa consiste en “[...] ser dominado por el interés último [...] Es una entrega total y permanente de sí mismo, sin condiciones, ni cualificaciones, ni reservas.” LONERGAN, Bernard. **Método en Teología**. 4. ed. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2006. p. 234. Es una respuesta al amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5,5); es el amor a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la fuerza (Mc 12,30; Dt 6,5).



La espiritualidad que ha nutrido mi caminar: espiritualidad de ojos abiertos⁴

No quiero terminar este testimonio sin desarrollar un punto que para mí ha sido clave en la experiencia pastoral y de servicio, y es el tema de la espiritualidad, creo que es la base que nos ayuda en el proceso de conversión para acercarnos al Misterio de Dios que nos humaniza.

A partir del trabajo con población desplazada y con personas que viven con VIH, me ha inspirado de manera especial la parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37) narrada por Jesús, en ella encontré algunas claves que me introdujeron en lo que el Padre Alberto Camargo llama la espiritualidad de la samaritaneidad, o que Metz llama espiritualidad de ojos abiertos⁵. Se trata de una espiritualidad que nos pone de frente a la realidad del sufrimiento humano, para que actuemos movidos por la compasión y nos confronta sobre nuestra forma de ver y entender el sufrimiento del otro y de la otra a partir de nuestras propias creencias. La espiritualidad de ojos abiertos hace consciente y explícita la presencia de las personas que sufren, para que viéndolas y dejándonos ver por ellas, actuemos compasivamente en la transformación de su sufrimiento.

La parábola del Buen Samaritano invita a abrir los ojos ante los sufrientes de la historia. El teólogo Metz nos recuerda que en el camino que va de Jerusalén a Jericó, un hombre ha sido asaltado por los ladrones. Un sacerdote pasa de largo, ve pero no ve; un levita pasa de largo, ve pero no ve. La religiosidad de estos dos varones no tiene ojos para los otros. Jesús insiste: quien no esté alerta, quien no abra bien los ojos, en una palabra, quien no afine la vista, para ver y sentir el sufrimiento humano, tampoco estará preparado para el Templo porque le quedará oculto el misterio divino.

En el descubrir, en el ver a las mujeres y a los varones que solemos excluir de nuestro campo visual cotidiano y que por tanto las más de las veces permanecen invisibles, empieza el vislumbre, la visibilidad de Dios entre nosotras y nosotros... es ahí donde encontraremos su huella. Recordemos que la teología latinoamericana reitera que Dios se hace presente en el pobre, en el desvalido, y justamente en los sufrientes está su huella. La teología feminista aportará que, en la mujer excluida y olvidada de la historia, también está Dios y su sufrimiento clama al cielo.

En el texto hay tres acciones que son secuenciales: Jesús vio (al ver entendió lo que sucedía); Jesús se compadeció (se sensibilizó, se apropió de la situación frente al sufrimiento de una multitud maltratada, desamparada y desorientada) y los curó (es decir, ve, siente, comprende y actúa). Se trata de tres acciones que luego Lucas va a ubicar en el accionar del Buen Samaritano, quien a la manera de Jesús: ve, al ver se compadece y al compadecerse, actúa. El ver, exige dos

⁴ Para desarrollar este tema me he basado en nuestro artículo: CONSUELO VÉLEZ, Olga; SIERRA, Ángela María; BECERRA, Silvia Susana. Espiritualidad Urbana de la Samaritaneidad. **Cuestiones Teológicas**, Bogotá, v. 42, n. 98, p. 391-415, jul./dic. 2015.

⁵ Ver: METZ, Johann Baptist. **Por una mística de ojos abiertos**: Cuando irrumpe la espiritualidad. Barcelona: Herder, 2013.



movimientos: “mirar y ser mirado” y definitivamente cuando el ser humano se permite ser mirado por un rostro que sufre, es tocado por su realidad; dejarse ver implica quedar al desnudo ante los ojos que interrogan y confrontan.

Si las iglesias no temieran a la mirada de los niños y niñas, de las mujeres y los varones sin sueños ni deseos que reclaman solidaridad, tal vez se generarían respuestas a sus múltiples sufrimientos, lo que implicaría asumir la responsabilidad de los caídos; por eso tal vez es más fácil tal como lo hicieron el sacerdote y el levita de la parábola, “dar un rodeo y seguir adelante” porque cuando nos permitimos ser mirados y mirar, la respuesta no puede ser otra que actuar para transformar el sufrimiento. Metz nos recuerda que en la profesión bíblica de Israel, especialmente en la tradición deuterocanónica, aparece clara la solicitud de hacer justicia a los inocentes, a las viudas, a las víctimas de la historia, lo que en el lenguaje de la escolástica corresponde a la pregunta por la teodicea, es decir, la pregunta sobre la experiencia de Dios frente al sufrimiento.

Referencias

ALAPE, Arturo. **Ciudad Bolívar**: La hoguera de las ilusiones. Bogotá: Planeta, 1995.

CONSUELO VÉLEZ, Olga; SIERRA, Ángela María; BECERRA, Silvia Susana. Espiritualidad Urbana de la Samaritanidad. **Cuestiones Teológicas**, Bogotá, v. 42, n. 98, p. 391-415, jul./dic. 2015.

LONERGAN, Bernard. **Método en Teología**. 4. ed. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2006.

METZ, Johann Baptist. **Por una mística de ojos abiertos**: Cuando irrumpe la espiritualidad. Barcelona: Herder, 2013.

RANKKA, Kristine M. **La Mujer y el Valor del Sufrimiento**. Bilbao: Desclee de Brouwer, 2003.

Recebido em: 15 set. 2022.

Aceito em: 15 set. 2022.